

**ADONAIS
Y
OTROS POEMAS
PERCY B. SHELLEY**

Ediciones elaleph.com

Editado por
elaleph.com

1999 – Copyright www.elaleph.com

PRÓLOGO

En 1792 nace Percy Bysshe Shelley, hijo de un rico propietario de Sussex y nieto de un barón. Como vástago de una familia pudiente, lo destinan a seguir sus estudios en el aristocrático colegio de Eton. En ese ámbito, comienzan los sufrimientos del futuro poeta debido al choque entre sus tendencias y necesidades personales y los valores del ambiente en que se desenvuelve.

Inversamente a lo que pudiera parecer, no era Eton un lugar donde se cultivara el interés por las ideas. Muy por el contrario, se buscaba modelar el carácter de los jóvenes antes que darles educación libresca. Por ello, la pasión por la literatura de Shelley era vista como una afectación. Sus compañeros no cesaban de convertirlo en blanco de sus burlas, lo cual lo hacía reaccionar con una violencia insospechada en un ser en apariencia frágil. La vehemencia con que defendía sus afirmaciones verdaderos estados de trance- hicieron que acabara por llamárselo "Shelley, el loco".

Las vacaciones lo restituían al marco de la vieja casa acogedora, donde se encontraba el coro aprobador -que tanto lo seducía- de sus hermanas y también de una prima que se les unía. La constelación familiar se completaba con otros elementos no tan idílicos: un hermano menor, el abuelo, la madre y el padre, que descollaba por su carácter vivo y cínico, completamente antagónico de las inclinaciones de su hijo. En ese clima, el joven Percy -siempre evanescente, siempre soñador- supo construir desde la infancia historias de fantasmas y monstruos legendarios que asustaban y deleitaban a su auditorio. El narrador solía ser tan elocuente y persuasivo que acababa él mismo atrapado en el suspenso que había creado. Ya desde entonces no le resultaba fácil encontrar las fronteras de separación entre lo irreal y lo visible, entre las criaturas vivientes y los seres de ficción.

En 1810, Shelley entra en la Universidad de Oxford. Se hace allí de un amigo, Jefferson Hogg, bueno pero mediocre. Las ideas revolucionarias de Shelley no eran aceptadas bajo ningún concepto por el conservadorismo de su amigo, avalado en esto por la opinión general. La situación, muy tirante, termina por estallar en una agria discusión a propósito de la publicación de una novela, San Irwine o la Rosacruz, con la cual Shelley continuaba la labor creadora comenzada con Zastrozzi, también una novela, escrita en colaboración con su hermana menor y su prima.

A pesar de las disensiones, Hogg correría la misma suerte que Percy en la Universidad. Con el nombre de Jeremías Stukely, Shelley publica, entre otros, un folleto incendiario titulado La necesidad del ateísmo. Se desata el escándalo. Su exhibición en una vidriera de Oxford colma la tolerancia de las autoridades educativas, ya largamente minada por manifestaciones anteriores del estudiante, por su posición negativa respecto a la santidad de los lazos matrimoniales y la existencia de Dios. Aunque sabían que este chisporroteo verbal rara vez pasa a la acción -tal como efectivamente ocurrió- no podían tolerar una indisciplina teórica permanente. Sin mayores consideraciones, se decide expulsarlo, junto con su amigo Jefferson Hogg, de la Universidad de Oxford.

Enemistado con la familia por un suceso, a juicio de su padre, tan desdichado, marcha a Londres, sin dinero y sin amigos. Amistad y auxilio habría de encontrarlos en Harriet Westbrook, una muchacha de dieciséis años. Sin embargo, luego de diversas y dificultosas tratativas, retorna a Field Place, la casa paterna, con una pensión anual de 200 libras. La condición fundamental del regreso es que no modificará sus opiniones ni su actitud. Desde Londres, Harriet lo llama, amenazándolo con suicidarse si no la socorre. Débil, el poeta accede a ir en su busca, abriendo así el camino de la serie ininterrumpida de búsquedas y equivocaciones sentimentales. En 1811 —el mismo año que pasó el cometa-Shelley, para alarma de la familia y la sociedad, se casa con Harriet en Edimburgo, tras una fuga donde lo que realmente no había era dinero ni igualdad de posición social.

Meses después, surge su faceta libertaria. Preocupado por sucesos de público conocimiento y con una perfecta dicotomía entre el pensar y el hacer, Shelley parte a Gales para ayudar a independizarse a los católicos. Pronto debe volver. Su evaluación de la realidad resulta inexacta y arbitraria. Seda cuenta de la acogida poco favorable que se le dispensa a un ateo entre los católicos, infinitamente peor que la ofrecida a los protestantes. Un ateo es un enemigo más despreciable que el enemigo verdadero. De tal manera se agota de una vez y para siempre su aspecto de reivindicador social activo.

En 1812 conoce a Godwin, el autor de Justicia política, cuyas ideas en contra del matrimonio habían inspirado largamente al poeta. Godwin, ya casi olvidado por los lectores, rodeado de una familia numerosa, vive acosado por problemas económicos, que su joven admirador procura paliar. Mientras tanto, Shelley comienza a escribir La reina Mab. Nace Ianthe Elizabeth, la primera hija de Shelley, cuando éste tiene 21 años. El matrimonio, sacudido por desavenencias profundas, empieza a zozobrar.

Shelley conoce a Mary Wollstonecraft, hija de Godwin y de la célebre feminista del mismo nombre. Definitivamente enamorado de aquélla, el poeta le anuncia a su mujer, embarazada de nuevo de cuatro meses, que ha decidido huir con Mary. La fuga, postergada por la enfermedad que le produce a Harriet la noticia, se cumple en pésimas condiciones. Cuando finalmente llegan a Suiza, la estadía no excede las cuarenta y ocho horas. Rápidamente hartos del lugar, deciden regresar, llevando consigo Shelley las partes iniciales de Los asesinos.

A fines del mes de noviembre nace el hijo de Percy y Harriet. La criatura es del sexo masculino. Por su parte, Mary espera un hijo. Cuando el estado de gravidez avanza, Shelley encuentra el renovado placer de descubrir el alma de otro ser y comparte largos paseos con Clara, hermana de Mary.

El mundo exterior pareciera no querer dejarlo disfrutar de sus pequeñas felicidades. Percy se entera por otra mujer -siempre el apoyo femenino- de que es buscado por deudas. Debe entonces separarse temporalmente de Mary a quien, sin embargo, sigue viendo furtivamente. En 1815 muere su abuelo, de 83 años, con lo cual parecen resolverse los aprietos financieros crónicos de los Shelley. Asimismo, nace el bebé de ambos, que desgraciadamente vive solo un mes. Instalado con Mary al borde del Támesis, el poeta escribe Alastor o el espíritu de la soledad. Con el correr del tiempo, Mary tiene un segundo hijo, a quien le ponen el nombre de William.

Lord Byron, acusado de incesto con su hermana Augusta, deja Inglaterra y se va a Suiza, donde se instala en el mismo hotel en que, por ese entonces, habitaba la familia Shelley. Perseguido por la hermana de Mary, Clara, tiene finalmente un romance con ella, del que nace una niña. En primera instancia, siguiendo sus permanentes impulsos de colaboración y ayuda, Shelley se hace cargo de la hija y de la madre, abandonadas por Byron. Más tarde, la niña le será enviada al padre, que no tarda en cansarse de ella. Primero la entrega al cuidado de un matrimonio y, poco después, al de las monjas de un convento italiano.

Como un desdichado desenlace de una vida sin horizontes, se suicida casi anónimamente Fanny, hermanastra de Mary y Clara. El poeta, actuando por primera vez de manera contraria a sus principios, a lo que siente y piensa, les pide a aquéllas que guarden silencio sobre lo ocurrido. No mucho después, les llega la noticia del suicidio de Harriet, la mujer legítima de Percy. Se enteran de que el tramo final de su vida ha sido verdaderamente desgraciado, que se hallaba en completa soledad, casi dedicada a la prostitución. El poeta se hunde en una gran desesperación, sintiéndose en parte culpable y acentuando su imaginaria fúnebre.

El detractor de la sociedad, que, por haber renegado de los lazos matrimoniales, es excluido de la sociedad, viéndose viudo, decide de inmediato legalizar su unión con Mary. Tiene en ese momento 25 años. Viaja varias veces de Inglaterra a Italia. El suelo italiano le ofrece a Shelley alegrías y dolores. Goza de los cielos azules, del mar que tanto lo atrae. Pero allí pronto muere Clarita, su única hija mujer. Escribe, en Este, su Prometeo desencadenado. Disfruta platónicamente de un romance con Emilia, una fogosa italiana que se revela autoritaria y terrible. A ella le dedica su Epipsychidion.

En Roma, muere de disentería William, el hijo suyo y de Mary, cuyo recuerdo y cuyas imágenes nutrirán de allí en más sus poemas. Nace Percy-Florence, el único de todos los hijos de Shelley que lo sobrevivirá y que acabará por convertirse en heredero absoluto de los títulos de su abuelo. La hermana de Mary, Clara, se aleja finalmente del hogar de los Shelley al enterarse de que ha muerto Allegra, su pequeña hija de cinco años puesta al cuidado paterno de Lord Byron.

En 1821 Inglaterra sufre la pérdida de uno de sus más excelsos poetas: John Keats. Mal valorado por sus contemporáneos, tendría que esperar el juicio de la crítica moderna para ser elogiado como uno de los mejores líricos de todos los tiempos. No obstante, lo que no pudo ver la miopía de su época, lo supo la sensibilidad de Shelley. A Keats le dedicó la que quizá sea su obra maestra: Adonais. El canto, solemne y majestuoso, recorrido en sus cincuenta y cinco capítulos por una emoción noble y apolínea, tal vez sea asimismo el anuncio de la propia muerte de quien llora al lírico desaparecido. Tan solo un año después, Shelley habría de morir en los brazos sensuales y crueles de una tempestad. Sobre una playa italiana, Byron habrá de contemplar cómo se quema el cadáver casi irreconocible de Shelley. Sin embargo, ve que el corazón se niega a arder. Ese corazón que durante tres décadas dio una vida plena de generosidad, de postergación propia, de ayuda a los amigos, de ardientes ensueños y exaltaciones de la fantasía.

Si bien Shelley fue un rebelde en sus ideales, lo fue porque aspiraba a que el mundo cambiara hasta transformarse en una morada apacible, de amor y comprensión. Como en todos los románticos, su ideario filosófico-social, aunque ingenuo, formaba el cimiento del edificio de su poesía. Una poesía hecha de gracia, de claridad, de imaginación y belleza, destinada a perdurar mientras los hombres reconozcan que el mundo del espíritu existe con tanta fuerza como el universo de lo visible.

HIMNO DE PAN

I

De las altas tierras y bosques
hoy venimos, venimos;
de las islas ceñidas de ríos,
donde, bravas, las ondas se callan,
escuchando mi flauta tan dulce.
Todo viento, en los juncos y cañas,
y la abeja en la flor del tomillo,
en arbustos de mirto los pájaros,
la cigarra en limeros subida,
los lagartos abajo, en la hierba,
más que Tmolus, el viejo, callaban,
escuchando mi flauta tan dulce.

II

El líquido Peneo fluía
y el Tempé estaba oscuro, a la sombra
del Pelión, que ya dominaba
el ocaso más rápido huyendo
por el son de mi flauta tan dulce.
Los silenos, silvanos y faunos
y las ninfas de ríos y selvas,
en la orilla de prados mojados
o en las cuevas que cubre el rocío,
y así todo el cortejo, callaban
por amor, como callas, Apolo,
envidiando mi flauta tan dulce.

III

Los danzantes luceros, cantaba,
y la Tierra, como un laberinto,
y los cielos, las guerras enormes
del Amor y el Nacer y la Muerte.
Mudé luego mi canto: era un Ménalo,
en un valle -canté-: perseguía
a una joven y obtuve una caña.
¡Así engañan a humanos y dioses!
Se nos quiebra en el pecho y sangramos:

y lloraron. Y así lloraríais
si la envidia o la edad no os helaran,
al plañir de mi flauta tan dulce.

A LA ALEGRÍA

Espíritu sutil de la Alegría,
¡Cuán pocas veces te llegaste a mí!
¿Por qué, noche tras noche y día tras día,
Desampararme así?
¡Cuánta cansada noche y día triste,
Espíritu vital, no bien huiste!
¿Cómo será que vuelvas, ni que vibres
En sombras de mi alma, tu fulgor,
Si tú con los dichosos y los libres,
Te ríes del dolor?
¡Espíritu falaz! tu gloria esmalta
Sólo las vidas a quien no haces falta.
Como la cierva si crujió una hoja,
Te das ante los males, a temblar.
Aun el menor suspiro de congoja
Te viene a reprochar
Que ni a la pena asistas ni al gemido
El que se exhala, prestes el oído.
¡Déjame alzar con melodía nueva,
Limpia y jovial, mi tenebroso canto!
No que a escucharme la piedad te mueva:
Te moverá el encanto.
Mas, corte la piedad las crueles alas
Con que en remoto azul siempre resbalas.
Pues son también los tuyos mis amores,
Oh Espíritu sutil de la Delicia;
La fresca Tierra en nítidos verdes,
La noche y la caricia
Vesperial del otoño, y la alta aurora
Que pájaros concierto y brumas dora.
Amo la nieve, el iris con que sabe
La viva escarcha abrillantar el mundo;
La nube, la onda azul, la brisa suave

Y el retronar profundo:
Cuanto hay exento de miseria humana
En la naturaleza soberana.
Amo la soledad de alas tranquilas,
De la amistad la pervivencia fiel;
Mi espíritu te copia: ¿qué vacilas
En hermanarte a él?
Pero, insensible tú, guardas lejano
Cuanto amo a par de ti y anhelo en vano.
Y amo el Amor, aunque en sus alas de oro,
Tenga de un relámpago su albor.
Pero ante todo, Espíritu, te adoro:
Tú eres vida y amor.
¡Oh, ven, y haz tu mansión del alma mía,
Espíritu inmortal de la Alegría!

A

La música, al morir en notas tiernas,
Continúa vibrando en la memoria;
Los perfumes, si enferman las violetas,
Reaniman los sentidos en que moran;
Las hojas libres, si la rosa muere,
Van a posarse sobre el lecho amado;
Y así, en tus pensamientos, cuando vuelas,
Quedará el Amor mismo dormitando.

A UNA ALONDRA

¡Sé bienvenido, jubiloso espíritu!
No fuiste nunca un pájaro,
tú, que desde los cielos o cerca de sus lindes,
el corazón derramas
en profusos acentos, con arte no pensado.
Alta, siempre más alta,
de la tierra te lanzas
como nube de fuego;
por el azul revuelas

y cantando te ciernes y, cerniéndote, cantas.
En dorados relámpagos
del sol, ya trasmontado,
donde se encienden nubes,
flotas tú y te deslizas
como gozo sin cuerpo que empieza su carrera.
La tardecita pálida y purpúrea, en torno
de tu vuelo se funde:
como estrella del cielo,
al ser día, invisible eres tú,
pero escucho tu voz dulce y aguda,
fina como las flechas
de la esfera de plata,
cuya viva luz mengua
en la blanca alborada,
y ya, sin verla apenas, lejana la sentimos.
Todo el aire y la tierra
de tus trinos se colman:
así, en la noche pura,
desde una nube sola,
derrama luz la luna y se inundan los cielos.
No sabemos quién eres.
Y a ti más parecido
¿qué habrá? De la irisada nube no fluyen nunca
gotas tan radiantes,
como de tu presencia nos llueven melodías.
Así un poeta oculto
en luz de pensamientos,
que entona sus canciones,
hasta sentir el mundo
temores y esperanzas que no advirtiera nunca.
Así una alta doncella
en torre de un palacio,
que alivia pesadumbres
de amor secretamente, con música tan dulce
como el amor, fluyendo de su estancia.
Tal dorada luciérnaga
en valle de rocío,
que esparce, sin ser vista,
aéreos, sus fulgores,

entre flores y hierbas que a los ojos la ocultan.
Cual rosa retirada
entre sus hojas verdes,
deshojada por brisas
tibias, hasta que siente desmayo, por exceso
de aroma, sus ladrones de vuelo fatigado.
Al son de los chubascos
de primavera, en hierbas relucientes,
a flores despertadas por la lluvia,
a todo lo que hubiere
de alegre, claro y fresco, tu música aventaja.
Dinos, ave o espíritu,
tus dulces pensamientos:
nunca oí una alabanza
del amor o del vino,
que tan divino arrobó, ardiente, derramara.
Los coros de Himeneo,
los cantos de victoria,
junto a los tuyos fueran
ostentación vacía,
aquello en que se siente alguna falla oculta.
¿Qué objetos son la fuente
de tu feliz gorjeo?
¿Qué campos, ondas, montes?
¿Qué cielos o llanuras?
¿Qué amor de semejantes y qué ignorar de penas?
En tu alegría clara
no caben languideces;
la sombra de la angustia
nunca a ti se ha acercado:
amas y el triste hastío de amor nunca supiste.
En vigilia o dormida,
pensarás de la muerte
cosas más ciertas y hondas
que nosotros, mortales:
si no, ¿cómo brotará tu arroyo cristalino?
Miramos antes, luego;
lo que no es lloramos:
nuestra risa más clara
se mezcla con suspiros;

da los más dulces cantos nuestro pensar más triste.

Mas si hiciéramos burla
de orgullo y odio y miedo;
si hubiésemos nacido
para no llorar nunca,
no sé si llegaríamos tan cerca de tu gozo.
Mejor que todo verso
de sones deliciosos,
mejor que las preseas
de los libros, tu arte
será para el poeta, ¡tú, que al suelo escarneces!
Si un poco me dijeras
del gozo que tú sabes,
tal locura armoniosa
brotara de mis labios,
que, como yo te escucho, el mundo escucharía.

LO PASADO

I

¿Olvidarás las horas de ventura
que en el grato jardín de los amores
enterramos los dos solos y tristes,
cegando la aterida sepultura
con tiernas hojas y nevadas flores?
Flores que eran los goces del pasado,
y hojas que eran las dulces esperanzas,
los sueños de placer que no han volado.

II

¿Olvidar lo que ha muerto? ¡Oh!, todavía
quedan espectros que vengarlos puedan,
recuerdo que terribles
hacen del corazón tumba muy fría,
pesares que vagando
por la tristeza que las almas llena,
a nuestro oído llegan murmurando:
¡La dicha que se va truecense en pena!

FILOSOFIA DEL AMOR

La fuente se une al arroyo,
el arroyo se une al mar
y las brisas y las auras
unidas vienen y van.
Si por ley del Universo
no hay un ser en soledad;
si todo se une con algo
¿por qué unida a mí, no estás?
Los montes besan al cielo,
besos las olas se dan,
la flor desdeña las flores,
que no besan a su igual;
rayos de sol y de luna
besan la tierra y el mar:
y ¿qué vale tanto beso
si no me besas jamás?
Trad. Manuel González Prada

LA SERENATA INDIA

Durante el primer sueño de la noche
Soñando en ti mi corazón se eleva,
Mientras sopla suave y manso el viento
Y en el cielo titilan las estrellas.
Soñando en tí, mi corazón se arroba
Y un dulce espíritu que en mi estancia vaga,
Me conduce -quién sabe por qué medios-
Hasta el mismo dintel de tu ventana.
Languidece el errante cefirillo
Entre tinieblas; el silencio fluye;
El ampac entre vapores va exhalándose
Tal como el sueño en pensamientos dulces.
El plañir de los tristes ruseñores
Sobre su propio corazón se apaga...
-Tal quisiera extinguirme sobre el tuyo,
¡Oh, dulcísima prenda de mi alma!
Ven, bien mío, levántame del césped;

Desmayo, desfallezco de abandono;
Dame tu amor en deliciosa lluvia
De besos en los labios y en los ojos.
Mi mejillas están frías y pálidas;
Me late con violencia el corazón...
¡Ay, sobre el tuyo una vez más estréchalo,
Y al fin se quebrará, mi dulce amor!

AMOROSA

Reseda y heliotropo,
¿por qué mandas, señora? ¡Extraño afán!
De salud y de amor símbolo, ¿ignoras
que en la misma guirnalda
mal unidos están?
Vienen húmedos... lágrimas
o besos tuyos, ¿hay acaso aquí?
Que lleven la fragancia a huerta y flores
cosa es que nunca vi.
La misma duda inspírame
ésta, más cara aún al corazón,
melancolía, y los suspiros trémulos
de mi pecho, y el llanto
dulce que por ti vierte mi aflicción.

OZYMANDIAS DE EGIPTO

Hallé un viajero que la vuelta hacía
de un antiguo país y así me dijo:
"De pie sobre la arena del desierto,
en el busto que un tiempo sostenían,
hay dos enormes piernas de granito:
de ellas no lejos, enterrada un tanto,
yace rota cabeza. Altiva frente
plegado labio, irónica sonrisa,
de frío imperio a revelar alcanza
cuan bien el escultor sintió pasiones,
cuyo sello, infundido a la materia,

sobrevive a la mano que las finge
al corazón, cuyo alimento fueron.
El pedestal conserva aquel escrito:
"Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes;
del Universo potestades, mi obra
ved y desesperad"; y allí no hay nada,
y de la ruina colosal en torno
tienden, ilimitadas y desnudas,
su nivel solitario las arenas.

VINO DE HADAS

Me embriagué de aquel vino de miel
del capullo lunar de zarzarrosa,
que recogen las hadas en copas de jacinto;
los lirones, murciélagos y topos
duermen entre los muros o en la hierba,
en el patio desierto y triste del castillo;
cuando el vino derraman en la tierra de estío
o en medio del rocío se elevan sus vapores,
de alegría se colman sus venturosos sueños
y dormidos, murmuran su alborozo; pues pocas
son las hadas que elevan esos cálices tan nuevos.

ADONAIIS

I

Murió Adonais y por su muerte lloro.
Llorad por él aunque el ardiente llanto
no deshaga la nieve que le cubre.
Y tú, hora fatal, la que escogida
fue de los años para que él muriese,
despierta a tus oscuras compañeras,
muéstrales tu dolor y di: conmigo
murió Adonais y mientras que el futuro
al pasado no olvide, su destino
y su fama serán eternamente
un eco y una luz para los hombres.

II

Cuando Adonais murió di, ¿dónde estabas?
¿En dónde estabas tú, madre potente,
cuando tu hijo yacía traspasado
por el dardo que surca las tinieblas?
¿En dónde estabas tú, perdida Urania?
Allá en su paraíso, sentada entre los Ecos
vigilantes y mientras con suspiros
amorosos y blandos reanimaba
una de las ya marchitas melodías,
con las que, como flores que se burlan
del cadáver, ornar y esconder quiso
el futuro volumen de la muerte.

III

¡Melancólica madre, vela y llora,
por Adonais, difunto, vela y llora!
Mas ¿para qué? En su ardiente lecho apaga
tus encendidas lágrimas y deja
a tu gimiente corazón que guarde
tan silencioso sueño como el suyo.
Porque se fue, hundido en donde todas
las bellas cosas graves descendieron,
no sueñes ¡ay!, que el amoroso abismo
te lo devuelva al aire. No. La muerte
devorando su voz muda se ríe
de tu desesperanza y de la mía.

IV

Tú, la más musical lamentadora,
llora otra vez la muerte del poeta,
anciano, ciego, en vida abandonado,
cuando pisoteaban el orgullo
de su patria infeliz, cuando el tirano,
el clérigo y el pueblo la humillaban
con sus sangrientos ritos de lujuria.
Al penetrar sin miedo en los oscuros
dominios de la muerte, su alma clara
permaneció reinado sobre el mundo,

hijo tercero de la luz gloriosa.

V

Tú, la más musical lamentadora
llora y gime otra vez porque no todos
a tan gran esplendor subir osaron;
y más felices los que conocieron
su dicha y cuya antorcha brilla aún
en la noche del tiempo en que los soles
han muerto; más sublimes los heridos
por la envidiosa cólera del hombre
o de los dioses, que derrumbaron
fundidos en su aurora refulgente.
Y otros viven aún y van pisando
el sendero espinoso que conduce
a través de los odios y fatigas
a la mansión serena de la fama.

VI

Tu más joven y amado niño ha muerto,
el de tu viudedad; creció cual pálida
flor cultivada por doncella triste
y nutrida con lágrimas de amor
inconsolable en lugar de rocío.
¡Tú, la más musical lamentadora,
llora de nuevo tu esperanza última!
Perdida está la flor, sus mustios pétalos
murieron sin abrirse en la promesa
de su fruto mejor. El lirio amado
quebrado duerme y la tormenta pasa.

VII

A esa alta capital en donde reina
con una corte pálida la muerte
subió y pagando con su aliento puro
en la gloria compró morada eterna.
Retírate de prisa. Mientras sea
un azul día italiano el mejor cielo
para su osario, mientras él repose
en un sueño cubierto de rocío,

no le despiertes, no, porque es seguro
que halló su plenitud en la gran calma
de su profundo y líquido descanso,
porque todo lo malo dió al olvido.

VIII

El no despertará, ¡jay!, nunca, nunca.
Dentro, en la tenue cámara se esparce
veloz la sombra de la blanca muerte
y la invisible corrupción espera
en tal puerta dar fin a su camino
encontrando su turbia residencia.
El ansia eterna está sentada, pero
el terror y la lástima calmaron
su desteñida rabia y no se atreve
a devorar su víctima preciosa
hasta que las tinieblas y los años
no acaben de correr sobre su sueño
la cortina mortal que ya le oculta.

IX

¡Llorad por Adonais! Los sueños rápidos,
los pensares con alas de pasión,
huyeron en bandadas desde el vivo
torrente que su espíritu nutría,
enseñando el amor como una música.
No vuelan más ardiendo en la memoria
y perecen allí donde nacieron.
Lloran su triste pérdida girando
sobre su helado corazón, en donde
ya no recobrarán fuerzas perdidas
ni después de tan dulce pena nunca
encontrarán de nuevo una morada.

X

Quien con sus manos temblorosas coge
su cabeza helada y lo abanica
con sus alas de luz lunar, clamando:
"Nuestro amor y esperanza, nuestra pena,

no murió, no; contempla en los sedosos
párpados de sus ojos doloridos,
como el rocío en una flor que duerme,
una lágrima quieta desprendida
del corazón de un sueño". ¡Angel perdido
de un paraíso en ruinas! Ay, no supo
que era su propia lágrima y sin rastro
desvaneciéndose igual que blanca nube
que derramó su lluvia lentamente.

XI

Quién enjuagó los delicados miembros
desde la urna de estelar rocío,
y embalsamó su cuerpo; cual cortaba
abundantes sus rizos en guirnalda
como depositando una corona
engastada con perlas de su llanto;
cuál, quebrantó las flechas, rompió el arco,
consciente del dolor que la oprimía,
atajando con pérdida más débil
la pérdida mayor y amortiguando
el fuego agudo contra el rostro frío.

XII

Otra luz se posó sobre su boca,
aquella boca fina, acostumbrada
a sorber un aliento que tenía
fuerza para adentrarse en los ocultos
espíritus y entrar al palpitante
profundo corazón, con brillo y música.
La húmeda muerte sobre el yerto labio,
extinguió sus caricias, meteoro
agónico que cruza la fría noche
manchando su corona en lunáticas
luces y nieblas, tal recorrió el pálido
cuerpo sin vida hasta el total eclipse.

XIII

Llegan también... deseos, homenajes,
aladas persuasiones y velados

destinos, esplendores y tinieblas,
encarnaciones débiles de miedos
y esperanzas, y tenues fantasías;
el dolor con familia de suspiros;
el placer, ciego de lágrimas, guiado
por el furor que daba su sonrisa
moribunda en lugar de por ojos.
Vinieron, ay, con una lenta pompa,
con la pompa que arrastra en las corrientes
el otoñal desfile de las brumas.

XIV

Todo lo que él amó, lo que amoldado
fue por su pensamiento, formas, tonos,
perfumes y sonidos melódicos,
por Adonais gemían. La mañana
buscaba la atalaya de la aurora
y sus cabellos, húmedos de lágrimas
que son gala del suelo, oscurecieron
los ojos claros que dan luz al día.
Distante el trueno sordo se quejaba.
En un sopor inquieto, el océano
pálido yacía. En las alturas
sollozaban los vientos alocados.

XV

Entre montañas mudas recostada
Eco está alimentando sus pesares
con el recuerdo de baladas tuyas.
No responde ni al viento ni a las fuentes
ni a las amantes aves suspendidas
sobre la verde espuma de las ramas;
ni al cuerpo del pastor ni a la campana
vespertina; ya que imitar no puede
sus labios, queridos más que aquellos
cuyos desdenes fallecer lo hacían
oscureciendo todos los sonidos.
Un lúgubre murmullo es lo que oye
el leñador mezclarse con sus cantos.

XVI

La adolescente primavera, loca
se volvió de dolor, fingióse otoño,
lanzando al suelo cual marchitas hojas
los nuevos brotes. Si se fue su gozo,
¿el año hostil por quien despertará?
No tan querido a Febo fue Jacinto
ni Narciso se amó tanto a sí mismo
como Febo y Narciso te quisieron,
¡oh! mi Adonais; exhaustos y marchitos
entre sus juveniles compañeros,
al trocar el rocío por las lágrimas
cambiaron los perfumes por suspiros.

XVII

El ruiseñor, hermana de tu alma,
no se duele viuda de su amante,
no expresa su dolor con tanta música;
ni el águila se queja cuando sube
al imperio del sol, como solías
subir tú mismo, no se queja, nutre
su juventud con sangre de la aurora,
clamando alrededor del vacío nido;
Albion gime por ti con mayor pena.
Caiga la maldición al asesino
Caín, sobre la frente del que, herida
en tu pecho causó, expulsando el alma
angelical su huésped de la tierra.

XVIII

¡Ay! ¡Ay de mí! Que en el rodar del año
el invierno partió luego que vino,
pero no a mi pesar, aunque los aires
y las corrientes, con acentos dulces
goces remueven. Ya las golondrinas,
las hormigas y abejas reaparecen;
nuevamente las hojas y las flores
de la muerta estación ornan el féretro
y las amantes aves ya se cruzan
en los jarales, los musgosos nidos

edificando en montes y praderas;
ya de sus trances soñolientos vuelven
verdes lagartos y serpientes de oro,
como fuego que brota de una cárcel.

XIX

El corazón terrestre emana vida
para los bosques, ríos y océanos,
igual que siempre desde la mañana
grande del mundo, la primer aurora,
alba de Dios nacida sobre el caos.
Más blanda luz ostentan en el cielo
sujetos a sus órbitas los astros.
Las cosas más humildes se estremecen
con sacra sed de vida; se difunden;
y en deleites de amor gastan belleza
que renuevan con júbilo, potentes.

XX

Por este tierno espíritu tocado
exhala flores de gentil aroma
el cadáver leproso; cuando el brillo
se transforma en fragancia, las estrellas
encarnan para dar luz a la muerte
y así se burlan del feliz gusano
que abajo se despierta. Nada muere
de lo que conocemos. ¿Será todo
una espada que fuera de su vaina
por el cielo relámpago es fundida?
Un momento reluce intenso el átomo,
luego se apaga en un reposo frío.

XXI

¡Ay! ¡Que tenga que estar como si nunca
hubiera en él vivido lo que tanto
amábamos nosotros, y que sea
mortal también nuestro dolor! ¿De dónde
hemos venido y para qué vivimos?
¿Y de qué escena somos los actores
o los testigos? Grandes y pequeños

los confunde la muerte que anticipa
lo que la vida pide de prestado.
En tanto que los cielos sean azules
y verdes sean los campos, la mañana
empujada será por negra noche
cuyas sombras la tarde anunciará,
y los años y meses con gemido
despertarán a los años y los meses.

XXII

¡El, no despertará, ay, nunca, nunca!
La miseria gritó: "Madre sin hijo,
álzate de tu sueño y con tu llanto,
con tus suspiros sacia la profunda
herida de tu pecho, más terrible
aún que la suya". Todos los ensueños
que velaban los ojos de Urania,
todos los Ecos que la voz fraterna
en sagrado silencio mantenía,
le gritaron: "¡Levántate!". Obediente,
igual que un pensamiento a quien hubiera
mordido la serpiente del recuerdo,
rápido el esplendor agonizante
saltó de su reposo de ambrosía.

XXIII

Se irguió como una noche del otoño
que nace por oriente y sigue loca
con temblorosas alas eternas
al triste día de oro, como un negro
fantasma que abandona el catafalco
con un cadáver más sobre la tierra.
Miedo y dolor hirieron de este modo,
despertaron, raptaron de este modo
a Urania, y de este modo hicieron
un ambiente de niebla tormentosa
en torno suyo; así la arrebataron
por su camino trágico hasta el triste
lugar en donde su Adonais yacía.

XXIV

De su secreto Edén salió corriendo
atravesando campos y ciudades,
sobre un áspero suelo en donde había
entre el hierro y las piedras, corazones,
humanos corazones que eran duros
a las leves pisadas, que le herían
las plantas delicadas e invisibles;
sobre lenguas agudas, por punzantes
pensamientos corrió, que laceraban
la suave forma a la que no pudieron
nunca vencer, cuya bendita sangre,
como jóvenes lágrimas de mayo,
pavimentaba con eternas flores
el ingrato sendero recorrido.

XXV

En la cámara fúnebre un momento
enrojeció la muerte que humillada
ante tal poder vivo aniquilóse.
Alentaron de nuevo aquellos labios
y destelló la luz de la existencia
en los pálidos miembros que habían
sido momentos antes su deleite.
"No me dejes así, desconsolada,
solitaria y demente, como mudo
relámpago a una noche sin estrellas.
"¡Ay, no me dejes!" -exclamaba Urania.
Con sus gemidos; despertó la muerte
y la muerte se irguió sonriente y vino
a encontrar sus inútiles caricias.

XXVI

"Detente un poco y háblame otra vez,
bésame lo que un beso durar pueda.
Dentro, en mi pecho descorazonado
y en mi ardiente cerebro esas palabras
y ese beso serán más permanentes
que todos los recuerdos de mi vida,
como si fueran una parte tuya

ahora que tú estás muerto vivirán
con alimentos de memorias tristes,
oh, mi Adonais. Yo lo daría todo
por estar como tú, no encadenado
al tiempo que no puede libertarme".

XXVII

"Oh, gentil niño, si eras tan hermoso,
¿por qué tan pronto dejas los senderos
pisados por el hombre? ¿Cómo osaste
desafiar con puños tan endebles
aunque con pecho firme, en su antro mismo
al hambriento dragón? Ay, indefenso,
¿dónde estaba el escudo reluciente
de tu saber, la lanza del desdén?
Si tú hubieras esperado el fin del ciclo
hasta cuando tu espíritu alcanzara
la plenitud de tu creciente esfera,
los monstruos del desierto de la vida
huyeran ante ti como los gamos".

XXVIII

"Los lobos en manada son audaces
sólo cuando persiguen; los obscenos
cuervos sobre los muertos clamorean
los buitres sólo fieles al emblema
del saqueador, no comen sino sobras
de lo arrasado y de sus alas llueve
sucio contagio. Cómo huyeron cuando
tal nuevo Apolo, el Pitio de este tiempo,
con arco de oro disparó su flecha
sonriendo después. No insisten nunca
los despojadores. Viles se doblegan
hasta besar los pies del orgulloso
que con desdén altivo los aparta".

XXIX

"El sol nace y desovan los reptiles;
se oculta el sol y cada insecto
antes del alba efímero perece

al renacer los astros inmortales;
así en el mundo de los hombres vivos.
Una mente divina alza su vuelo
velando el firmamento, desnudando
la tierra con su gozo y cuando cae
los míseros enjambres que nublaban
o compartían su luz a futuros
iguales esplendores abandonan
la pavorosa noche del espíritu".

XXX

Cesó de hablar Urania. Los pastores
rotas las mantas mágicas venían
por los montes, marchitas las guirnaldas.
El peregrino de lo eterno, cuya
fama se inclina igual que un alto cielo
sobre su viva frente -monumento
prematuro y durable- llegó triste,
velando los fulgores de su canto.
De su áspero dominio Irene infausta
al más dulce liróforo le envía,
con el amor las penas aprendieron
a caer de sus labios hechas música.

XXXI

Entre las menos destacadas, una
forma débil llegó, para los hombres
fantasma, solitaria nube última
de agónica tormenta que tronase
como doblan a muerto las campanas.
Yo pienso que ya había contemplado
la desnuda hermosura de la tierra,
nuevo Acteón vagaba sin destino
recorriendo con débiles pisadas
el desierto del mundo, y a lo largo
del áspero sendero lo seguían
sus propios pensamientos, cual rabiosos
perros, tortura y causa de su vida.

XXXII

Un alma de león hermosa y ágil
un amor disfrazado de tristeza,
un poder que se juzga débil y
casi no puede levantar el peso
de la superyacente hora; lámpara
que muere, lluvia que cae, oleaje
roto antes que la voz mientras hablamos.
Sobre la mustia flor el sol sonríe
aunque muerte le da. En las mejillas
arde la vida en sangre aunque en el pecho
el corazón se está resquebrajando.

XXXIII

Coronaban su frente pensamientos
marchitos y violetas jaspeadas,
blancas y azules que languidecían;
con piñón de ciprés el ágil tirso,
ceñida el astra ruda con las trenzas
sombrias de la yedra y goteando
con rocío de selva al mediodía,
vibraba con el pulso interminable
del corazón que hace temblar la débil
mano que lo empuñaba. Del cortejo
venía el último, aparte y solo,
ciervo desamparado por la grey
que derrumbó la flecha cazadora.

XXXIV

A su roto gemido, apartados,
el noble grupo sonreía entre lágrimas
llorando el propio en el destino ajeno
así cantaba aquél nuevas angustias
con acentos de un mundo no sabido.
Urania triste, vuelta al extranjero,
"¿Quién eres?", murmuró. El, nada dijo,
con mano presta desnudó su frente,
señalada y sangrienta, ¡ay dolor!
como la de Caín o la de Cristo.

XXXV

¿Qué suave voz se apaga sobre el muerto?
¿Cuál frente esconde aquel sombrío manto?

¿Qué figura se inclina tristemente
y junto al blanco lecho finge duro
monumento, y en duelo el corazón
sin una queja trémulo palpita?
Sí, es él, el más dulce de los sabios;
amor, letras, consuelo dio al ausente,
no con suspiros ásperos turbemos
silencio de tan grato sacrificio.

XXXVI

Bebió nuestro Adonais, ¡ay!, el veneno.
¿Qué criminal vipéreo y sordo pudo
con tal licor de angustia coronar
la copa matutina de la vida?
Ya el gusano sin nombre se condena;
sintió el veneno, mas pudo librarse
del mágico cantar que conjuraba
maldad, odio y envidia, y que clamaba
desde aquel pecho solitario y único,
mudo ya en esperanza de canciones;
helada la maestra mano y sueltas
están las cuerdas del laúd de plata.

XXXVII

Tú, cuya infamia nunca será gloria,
mancilla oscura en nombre memorable,
vive, no temas un peor castigo.
Sé tú mismo y conócete cual eres,
y cuando llegue la hora y se desborden
tus colmillos, descarga tu ponzoña
asco y remordimiento irán contigo,
la encendida vergüenza quemará
tu frente oculta y entonces como ora
has de temblar cual perro fustigado.

XXXVIII

No lloremos, si aquel, deleite nuestro,

lejos voló de los voraces buitres
que abajo graznan. Ora vela y duerme
al lado de los muertos perdurables.
No podrás ascender hasta tu trono.
El polvo al polvo, mas el alma pura
fluye de nuevo a la encendida fuente
donde brotó pedazo de lo eterno,
y ha de brillar igual, inextinguible,
atravesando tiempo y accidente,
mientras ahogan tus cenizas frías
la miserable lumbre del oprobio.

XXXIX

Callad, que no está muerto ni dormido;
despertó ya del sueño de la vida.
Perdidos en visiones tempestuosas
y armados contra espectros sostenemos
contienda estéril y en delirio loco
el puñal del espíritu clavamos
en el vacío invulnerable. Si,
cruel despojos sepultos decaemos,
el temor y la angustia día a día
nos crispan y consumen, y esperanzas
friolentas cual gusanos hormiguean
en la entraña del barro que vivimos.

XL

Ascendió más allá de las tinieblas
de nuestra noche; envidia ni calumnia,
odio, dolor, ni esta inquietud que el hombre
llama placer le tocan ni le hieren;
se libró del contagio de esta lenta
mancha del mundo, y no podrá ya nunca
gemir en vano cuando el tiempo torne
helado el corazón, gris la cabeza,
ni al dejar de arder el alma misma
llenarán sus cenizas sin fulgor.
urna desamparada por el llanto.

XLI

Vive, vela. No lloréis por Adonais.
La muerte murió, no él. Tú, joven
amanecer, enciende tu rocío,
no se ha ido el espíritu que lloras;
vosotras, grutas, selvas, no gimáis,
ni vosotras, flores y fuentes lánguidas.
Y tú, aire, que extiendes como un velo
de dolor tu cendal sobre la tierra
desolada, desnúdala hasta el alto
fulgor en que sonríen los alegres
astros a su fatal desesperanza.

XLII

Ya se fundió con la naturaleza;
la voz de él, suena en toda su armonía,
del gemido del trueno al dulce pájaro
de la noche; se siente y reconoce
su presencia en la luz y la tiniebla,
en la hierba y la roca, y se difunde
doquiera que palpita ese poder
que recogió su vida y cuyo amor
sin desmayo conduce y rige el mundo
lo sostiene en su mano y lo ilumina.

XLIII

Parte es de la belleza que otros días
hizo más bella; está con el espíritu
cuya potencia plástica recorre
la entraña del espeso mundo inerte
y crea desde allí todas las formas
que revisten las nuevas sucesiones,
y tortura a la escoria en rebeldía
que se resiste al vuelo que la encumbra
a su alta identidad, según la masa
la comparte, y estalla esplendorosa
en todo su vigor y su belleza
desde el árbol, las bestias y los hombres
hasta la luz del cielo.

XLIV

Fulgor del firmamento de los tiempos
es eclipsado, pero no extinguido;
asciende y se remonta cual los astros
a su fija altitud; neblina baja,
la muerte que no empaña el resplandor
que vela. Si sublime pensamiento
a un corazón joven toca y levanta
de su cubil mortal, y amor y vida
se disputan en él por su destino
en la tierra, -allí los muertos viven
y se mueven cual ráfagas de luz
en un aire de sombra y tempestad.

XLV

Herederos de fama no cumplida
de su trono erigido más allá
del pensamiento mortal, en el reino
de lo inaparente, se levantan.
Es el pálido Chatterton, en él
aún no se desvanece su agonía
solemne; Sidney, tal como en la lucha
y la derrota y en amor y vida,
sublime en su ternura y un espíritu
sin tacha, se acercó; después, Lucano,
que en prueba dió su muerte. A su vista
se escabulle el olvido como réprobo.

XLVI

Y otros, oscuros nombres de la tierra,
mas cuyo trasfundido efluvio nunca
morirá mientras el fuego sobreviva
a la chispa original, revestidos
en la inmortalidad deslumbradora,
acércanse: "Ya estás entre nosotros
-exclaman- esperándote esa esfera
sin monarca hace tiempo giraba
en el cielo del canto, sola, muda
y ciega en su vacía majestad.
Y pues llegas, Lucero de la tarde,

tu trono alado ocupa en nuestra corte".

XLVII

¿Quién llora así por Adonais? Suspende,
pobre infeliz, tu llanto y piensa en ti
y en lo que él es ahora. Y envuelva
tu alma ardiente la tierra suspendida
y de allí como flechas luminosas
el poder espacioso de tu espíritu
traspase el litoral del universo
hasta que colme su ámbito vacío
y retorne después a un solo punto
de estas noches y días de nosotros,
mas si encendiéndose las esperanzas
te atraen al confín, para no hundirte
aligera el pesado corazón.

XLVIII

O ve a Roma, sepulcro no suyo
mas de nuestra alegría. En vano
fue que edades, imperios, religiones
descansen enterradas en las ruinas
que labraron; la gloria puede darla
él y los suyos, pero nunca aquellos
que el mundo convirtieron en su presa.
En el círculo está de los monarcas
del pensamiento que pugnaron siempre
contra la decadencia de su siglo,
y el pasado solo ellos no trascienden.

XLIX

A Roma ve, que es tumba y paraíso
y ciudad y desierto; sus escombros
se elevan cual montañas sacudidas,
y las hierbas en flor y las fragantes
malezas engalanan el osario
de la desnuda desolación, -sigue
hasta que el genio del lugar te lleve
al talud verdecido que en su prado,
cual sonrisa infantil, sobre los muertos

derrama un grato resplandor de flores.

L

Y tapias grises en torno se derrumban
comidas por las horas indolentes
como tizón blanquizco en fuego sordo.
Y ágil pirámide de trazo excelso,
pabellón que custodia las cenizas
del que soñó ese asilo a su memoria,
alza su flama convertida en mármol.
Y abajo, en la pradera, fresca banda
que plantó en la sonrisa de los cielos
su campo fúnebre, acoge dulce
con apagado aliento al que perdimos.

LI

Detente aquí. Muy jóvenes son estas
tumbas y todavía no han vivido
el dolor que pesaba en cada una,
mas no rompas el sello que cegó
el surtidor de un alma dolorida,
pues hallarás si a tu mansión regresas
tu propia fuente derramando lagrimas.
Contra las agrias ráfagas del mundo
busca asilo en la sombra de una tumba.
¿Por qué temer la suerte de Adonais?

LII

Lo uno queda, lo vario muda y pasa.
La luz del cielo es resplandor eterno,
la tierra sombra efímera. La vida
cual cristalino domo de colores
mancha y quiebra la blanca eternidad
esplendorosa hasta que cae
a los pies de la muerte en mil pedazos.
Para encontrar lo que persigues, ¡muere!
¡Sigue la vía de todo lo que huye!
Flores, ruinas, el cielo azul de Roma,
estatuas, melodías y palabras
no alcanzan la verdad resplandeciente

de la gloria que viven y trasfunden.

LIII

¿Por qué esperas y vuelves y resistes?
Se fueron, corazón, antes de ti
tus esperanzas y dejaron todas
las cosas de la tierra. ¡Parte ya!
Pasó una luz en el rodar del año,
pasó para los hombres y mujeres.
Todo lo grato que en el mundo queda
atrae para perder y se resiste
para agotar tu vida lentamente.
Sonríe el cielo plácido, murmura
cerca el viento. Es Adonais que llama.
Vuela con él, que la vida no aparte
lo que uniré la muerte para siempre.

LIV

Este fulgor cuya sonrisa inflama
al universo, esta pura belleza
en que las cosas obran y palpitan,
esta gracia que nunca extinguirá
la maldición oscura del nacer,
este perenne amor que entre las mallas
que ciegamente van tramando
hombres, bestias y tierra y mar y cielo
refulge esplendoroso o mortecino,
pues todo es un reflejo de la lumbre
que apaga nuestra sed, brilla ora en mí
y consume las nubes de esta fría
mortalidad, olvidadas y solas.

LV

Desciende a mí la vida cuya
esencia invocó el canto. Lejos de la playa
la barca de mi espíritu deriva,
muy lejos de la turba temblorosa
que nunca dió su vela al huracán.
¡La tierra ponderosa se desgaja
de la celeste esfera! Voy llevado

a lejanías de papura y sombra,
mientras en lo más íntimo del cielo
el alma de Adonais como una estrella,
fulgura en su mansión de eternidad.

ODA A NAPOLES

En la ciudad desenterrada estuve
y las hojas de otoño escuché, como pasos
leves de sus espíritus en las calles; y oía,
a intervalos, la voz soñolienta del Monte,
estremeciendo aquellas estancias sin amparo:
el trueno oracular sacudió penetrante,
al alma que escuchaba, en mi alma suspensa.
Conocí que me hablaba la Tierra en su profundo
corazón, mas no oía. Entre columnas blancas
resplandecía el mar, sosteniendo a la isla,
llano de luz en medio de dos cielos azules.
Había en torno mío los sepulcros radiantes,
cuya belleza pura el Tiempo, como a gusto
perdonando a la Muerte, dejó intacta.
Tan claros eran todos los perfiles
como en la mente misma del escultor; y allí
las guirnaldas de mirto, yedra y pino de mármol,
como invernales hojas que moldeó la nieve,
no crecer ni moverse parecían,
sólo porque el silencio cristalino del aire
en su vida pesaba; así el Poder divino,
que lo aquietaba todo, cerníase en la mía...

LA MUERTE

I

No hay sitio que la muerte silenciosa
no recorra veloz con pasos ciertos;
nada su marcha detener consigue,
y nosotros también estamos muertos.

II

Ella con mano fuerte ha colocado
su sello aterrador en nuestra frente;
en todo lo que pasa por el mundo
está la marca sepulcral latente.

III

Cuando han muerto el placer y la esperanza
aléjase el temor del pecho herido;
después que ya esa deuda se ha cumplido
el polvo llama al polvo y nos alcanza
de la fosa el abrazo entumecido.

IV

Todo cuanto queremos en el mundo
lo mismo que nosotros desaparece;
ésa es la ley tirana que nos rige.
¿No es cierto que el amor también perece?

PROMETEO DESENCADENADO

Tú bajaste, entre todas las ráfagas del cielo:
al modo de un espíritu o de un pensar, que agolpa
inesperadas lágrimas en ojos insensibles,
o como los latidos de un corazón amargo
que debiera tener ya la paz, descendiste
en cuna de borrascas; así tú despertabas,
Primavera, ¡oh nacida de mil vientos! Tan súbita
te llegas, como alguna memoria de un ensueño
que se ha tornado triste, pues fue dulce algún día,
y como el genio o como el júbilo que eleva
de la tierra, vistiendo con las doradas nubes
el yermo de la vida.

La estación llegó ya, y el día: ésta es la hora:
has de venirte cuando sale el sol, dulce hermana:
¡llega al fin, deseada tanto tiempo, y remisa!
¡Qué lentos, cual gusanos de muerte, los instantes!
El punto de una estrella blanca aun tiembla, en
lo hondo de esa luz amarilla del día que se agranda

tras montañas de púrpura: a través de una sima
de la niebla que el viento divide, el lago oscuro
la refleja; se apaga; ya vuelve a rutilar
al desvaírse el agua, mientras hebras ardientes
de las tejidas nubes arranca el aire pálido:
¡se pierde! Y en los picos de nieve, como nubes,
la luz del sol, rosada, ya tiembla. ¿No se oye
la eólica música de sus plumas, de un verde
marino, abanicando al alma carmesí?...

EL TIEMPO

¡Mar sin fondo, cuyas olas son los años fugitivos!
¡Mar del Tiempo, cuyas aguas, de dolor y de
tormento,
se amargaron con el llanto que derraman los
cautivos!
¡Hondo piélago sin costas que en tu raudo
movimiento con la muerte has de tocar!
¡Y aún, ahito de rapiña, pides más con saña fiera, y
vomitas tus despojos en la inhóspita ribera!
Traicionero en la bonanza y en la tempestad
terrible,
¿quién de ti podrá escalar,
insondable y ancho mar?

EL ESPIRITU DEL MUNDO

En lo hondo, muy lejos del borrascoso camino
que la carroza seguía, tranquilo como un infante en
el sueño,
yacía, majestuoso el océano.
Su vasto espejo silente ofrecía a los ojos
luceros al declinar, ya muy pálidos,
la estela ardiente del carro
y la luz gris de cuando el día amanece,
tiñendo las nubes, a modo de leves vellones,
que entre sus pliegues al alba niña acunaban.

Parecía volar la carroza
a través de un abismo, de un cóncavo inmenso,
con un millón de constelaciones radiante, teñido
de colores sin fin
y ceñido de un semicírculo
que llameaba incesantes meteoros.
Al acercarse a su meta,
más veloces aún parecían las sombras aladas.
No se columbraba ya el mar; y la tierra
parecía una vasta esfera de sombra, flotando
en la negra sima del cielo,
con el orbe sin nubes del sol,
cuyos rayos de rápida luz
dividíanse, al paso, más veloz todavía, de aquella
carroza
y caían, como en el mar, los penachos de espuma
que lanzan las ondas hirvientes
ante la proa que avanza.
Y la encantada carroza su ruta seguía.
Orbe distante, la tierra era ya
el lumínico más menudo que titila en los cielos,
y en tanto en la senda del carro,
vastamente rodaban sistemas innúmeros
y orbes sin cuento esparcían,
siempre cambiante su gloria.
¡Maravillosa visión! Eran curvos algunos, al modo
de cuernos
y como la luna en creciente de plata, pendían
en la bóveda oscura del cielo; esparcían
otros un rayo tenue y claro, así Héspero cuando en
el mar
brilla aún el Poniente, apagándose; más allá se
arrojaban
otros contra la noche, con colas de trémulo fuego,
como esferas que a la ruina, a la muerte caminan;
como luceros brillaban algunos, pero al pasar la
carroza,
palidecía toda otra luz.

EPIPSYCHIDION

... Emilia
flota ahora un bajel en el puerto,
se cierne un viento sobre la frente de los montes;
cruza una senda el piso azulado del mar,
y no surcó hasta ahora quilla alguna esta senda.
Los alciones meditan en islas sin espumas
y el engañoso océano sus tretas allí olvida.
Los alegres marinos son allí osados, libres.
Dime ¿querrás venir conmigo, dulce hermana?
Nuestro bajel es un albatros cuyo nido
está en Edén lejano, en levante de púrpura;
iremos en sus alas y entre tanto, la Noche
y el Día y la Borrasca y la Calma, ministros
serán para nosotros en ese mar sin límites,
el uno en pos del otro, mas sin saberlo nunca.
Sé de una isla, en jónicos celajes amparada,
bella como un salvado rincón del Paraíso
y, no siendo sus puertos ni buenos ni seguros,
aquel país se hubiera quedado en soledades,
a no ser unos pocos pastores que allí nacen
y que en el aire elíseo, claro y dorado, beben
de los dorados tiempos como el postrer espíritu,
vivaces y sencillos, osados e inocentes.
Azul, ciñe el Egeo ese escogido hogar,
con murmurar que cambia siempre y luces y espumas,
besando las cernidas arenas y las blancas
cavernas; y los vientos que vagan por la orilla
ondulan dulcemente, como las mismas ondas.
Hay allí densos bosques donde formas selváticas
discurren; y unas fuentes, arroyuelos y estanques
transparentes como un diamante elemental
o serenos como aire matinal; y más lejos,
los senderos musgosos de las cabras y ciervos
(que el rústico pastor sigue una vez al año)
conducen a los claros y a cavernas y umbrías;
y cámaras, que ciñe la yedra y las cascadas
alumbran, con murmullo incesante acompañan
a ruiseñores del mediodía. Y discurren

por todo aquel lugar unas brisas muy dulces;
el elemento leve y claro de la isla
se hace denso de aromas de limonero en flor,
que flotan como niebla, cargada de invisibles
lloviznas, en los párpados cayendo como un sueño.
Y asoman en el musgo junquillos y violetas,
que el cerebro traspasan con saetas de aroma
hasta que, en un sufrir deleitoso, desmayes.
Y todo movimiento y olor, luz y sonido
con aquella profunda música van acordes,
que es un alma en el alma -y dijérase que son
como ecos de un sueño prenatal, lejanos.
Entre el cielo y la tierra, el aire y el mar,
se mece aquella isla, suspensa en la paz clara:
brilla, así en el Edén Lucifer vagabundo,
lavada por océanos azules de aire joven.
Es lugar elegido. Ni el Hambre ni las Plagas,
ni la Peste o la Guerra o el Temblor, posan nunca
la planta en sus picachos; buitres ciegos, navegan
más allá, hacia lo lejos, en su terrible ruta;
las aladas borrascas, su salmodia de truenos
ofreciendo a otras tierras, dejan simas azules
de paz sobre la isla, o lloran su rocío,
que renueva los campos y bosques, para siempre,
en su inmortalidad verdeante y dorada.
Y se elevan del mar o del celaje llegan
unos claros vapores, suaves y brillantes,
velo tras velo, todos ocultando delicias:
mas los aparta el sol, o la luna o la brisa,
hasta que su hermosura la isla, como novia
desnuda, resplandece con su gracia y su amor,
colorada y temblando de excesiva ventura.
Pero, como una lámpara sepultada, hay un Alma
que arde en el corazón de esa isla tan dulce,
átomo de lo Eterno que esparce su sonrisa,
y sentirla pudiérais, aunque sin verla en rocas
grises y en las azules ondas y en bosques verdes,
llenando sus grietas desnudas y vacías.
Pero la maravilla que guarda aquel desierto
es una solitaria morada: ni las rústicas

gentes de aquella isla saben por quién se alzara
ni cuándo; baluarte no es, aunque más alta
que los bosques se eleve; mas, para su deleite,
algún prudente y tierno Rey del Mar, cuando el crimen
no conocía el hombre, en la niñez del mundo,
la hizo, y fue el asombro de los sencillos tiempos,
envidia de las islas y casa deleitosa,
que sagrada se hizo a la esposa o a la hermana.
Vestigio no parece del arte de los hombres,
sino como un recuerdo titánico; en la entraña
de la tierra adquiriendo su forma, y desprendida
luego de las montañas, de las rocas vivientes,
irguiéndose en cavernas luminosas y altas.
Pues todas las imágenes tan sabias, de aquel tiempo
ya desaparecieron borradas, y en su sitio
veríais cómo enlazan dulcamaras y yedras
sus masas, con el tallo de innumerables curvas;
y las flores parásitas alumbran con sus gemas
de rocío las salas sin luz, y cuando mueren,
entre las tracerías de invierno el cielo asoma,
con manchones de luna o átomos de estrella
o pedazos del día intenso y apacible,
labrando unos mosaicos de Paros en el suelo.
Y día y noche, lejos, desde las altas torres
y terrazas, dijerais que la Tierra y el Mar,
muy abrazados duermen y en sus sueños hay ondas
y flores, nubes, bosques y peñascos y cuánto
realidad llamamos, leyendo en sus sonrisas.
La isla y la morada son mías y he querido
que fueses tú la dama de aquellas soledades.
Y allí algunas estancias hice que dispusieran,
mirando hacia los aires dorados del Oriente
y a nivel de las brisas vivientes, que discurren
como ondas, encima de las vivientes ondas.
Música y libros hice mandar allí y aquellos
instrumentos con que conjuran almas nobles
al futuro en su cuna y a los tiempos pasados
en su tumba, y que hacen perdurar el presente
en pensares y gozos que duermen, mas no pueden
morir, pues los envuelve su propia eternidad.

Nuestra vida sencilla poco anhela, y el gusto verdadero no alquila al Lujo, esclavo pálido, que en vez de ornar malogra, pues la Naturaleza con su progenie, vive aún en las colinas.

La paloma torcaz en la sombría yedra, da su queja amorosa; ciñe un vuelo de buhos la torre de la tarde y estrellas nuevas miran por entre los murciélagos veloces, en su danza crepuscular; los ciervos braman en la frescura lunar, a nuestra puerta; la noche lenta y muda con sus alientos miden, en apacible sueño. Tengamos ese hogar en vida, y cuando cubran los años con marchitas horas, como hojarasca nuestro polvo, seamos el día suspendido, seamos alma viva de esa isla celeste, conscientes, indistintos, uno solo. Entre tanto, nos alzaremos ambos: sentados o en camino, nos cobijará azul, el techo de ese clima jónico, y vagaremos por los prados o iremos a los musgosos montes, cuando el cielo se inclina, con las brisas más leves, a besar a su amante; o pasaremos donde la orilla con sus guijas bajo los besos raudos y suaves del mar, se agita y centellea como en éxtasis; dueños y a un tiempo poseídos por todo lo que encierra ese tranquilo círculo de ventura, y el uno para el otro, hasta ser como una cosa misma el amor y la vida. O al mediodía, iremos a alguna antigua cueva muy blanca, que parece guardar claro de luna cuando expiró la noche, y donde nunca asoma, despierto, el día. Velo será de nuestro asilo, cual nocturna clausura que celará tus luces inocentes con sueño, con el sueño, rocío fresco del amor lánguido, lluvia que apaga besos y los renueva. Largo será nuestro coloquio, y excesiva dulzura tendrá la melodía del pensamiento, hasta que sin palabras, viva en miradas, saetas del mudo corazón, estremecida música que da calladamente armonía al silencio...

DOS ANGELES

El ángel de la vida y el de la muerte un día pasaron con el alba sobre mi humilde aldea; la luz daba en sus rostros; cada cosa parecía con el humo un carruaje de penacho que ondea. Iguales en su aspecto y en su actitud iguales, idénticos sus rostros y sus nevadas vestes; mas el uno ceñía corona de inmortales, el otro de narciso y aureolas celestes.

De súbito pararon el vuelo; con espanto dije: "Corazón mío, si lates, con violencia descubrirás los seres queridos que amas tanto, los seres que hacen dulce y alegre tu existencia. Desciende el que narcisos ceñía. Llega, toca a mi puerta; mi alma dentro de sí se sume, cual fuente que, si tiembla la tierra, por la boca de hervoroso mana, al punto se consume.

Reconocí, temblando, las vagas agonías, las penas que en mi infancia de terror me llenaron y que en esos momentos feroces y sombríos con triplicadas fuerzas de mí se apoderaron. Abrile por fin la puerta al santo mensajero: a oír al Ser Supremo que todo bien ordena dispúseme callado, sin atreverme, empero, ni a sonreír de gozo ni a sollozar de pena. Entonces, con sonrisa que iluminó mi estancia, exclama: "Soy el ángel que anuncia sólo vida"; y antes de responderle, difundiendo fragancia, desapareció dejando mi vida oscurecida. De tu hogar a las puertas llegóse en el momento el ángel que ceñía corona de inmortales, y con frases henchidas de tristísimo acento pronunció, de la muerte los cantos sepulcrales. Aquella faz de tu hija, graciosa y perfilada, marchitóse y tu pecho se colma de tristeza; un ángel entró solo, ¡oh amigo!, a tu morada, y dos de allí salieron volando con presteza. Todo a Dios pertenece. Cuando extiende su mano apíñanse las nieblas, el cielo se encapota,

hasta que sonriente mira el valle, el Océano,
desde la oscura nube que huye a la región remota.
El ángel de la vida y el ángel de la muerte
jamás sin tu mandato de la morada abierta
traspasan los umbrales. ¿Quién pues, con mano
fuerte
podrá a sus mensajeros cerrar audaz la puerta?

ODA AL VIENTO DEL OESTE

¡Oh, Viento del Oeste, altivo y fiero!
por quien las muertas hojas -cual fantasmas
que huyeran con pavor de un hechicero-
negruzcas y rojizas y amarillas,
vuelan en asquerosas multitudes.
Tú, que a su lecho llevas las semillas
aladas que reposan en espera
-lo mismo que en su tumba los cadáveres-
de que tu hermana la áurea primavera
toque el clarín, y engendren las entrañas
de la tierra, rebaños de capullos
perfumados en valles y montañas.
¡Oh poderoso espíritu de lucha!
¡Oh destructor y amparador! ¡Escucha!:
Tú que desprendes de los blancos velos
-como las hojas secas de los árboles
enlazados del mar y de los cielos-
los rayos y la lluvia y desparramas
en la azulada aérea superficie
-como erizada cabellera en llamas
de alguna Ménade terrible- desde el lúgubre
borde del mismo cenit a las puertas
de la nueva borrasca, el canto fúnebre
del año en estertor -del cual la noche
que muere es la alta cúpula de un vasto
sepulcro levantado con derroche
de vapores, de cuya inmensa lucha
fuego y granizo estallarán -¡escucha!:
Tú que del sueño estuvo despertaste

al mar Mediterráneo, que dormía
mecido en las corrientes que formaste
de la isla de Baie en la bahía,
do vió en sueños mil mágicos castillos
brillar llenos de musgo, al claro día,
con aspecto tan dulce y tan romántico,
que al pintarlo temblarán los pinceles;
tú, por quien los poderes del Atlántico
se abren en un arcano indescriptible,
mientras lejos, los bosques y las flores
se asustan al oír tu voz terrible,
y locos de terror, con un lamento
se despojan; escucha, escucha, ¡oh Viento!:
Si, hoja muerta, tu aliento me arrastrara,
si, alta nube, llevárasme en tu vuelo,
si, ola sujeta a ti participara
de tu valiente impulso, aun cuando fuera
menos ágil que tú, si por mi dicha
fuera como en la infancia, si pudiera
contigo recorrer el firmamento
y, como entonces, al querer vencerte,
corriera, cual visión, jamás violento,
contigo fuera en la hora del vencido.
Como onda, u hoja o nube, ¡oh viento!, ensálzame,
que las zarzas del mundo me han herido.
Las horas han vencido lentamente
a alguien cual tú, fugaz, libre y valiente.
Tu lira sea cual la selva umbría,
y, si caen mis hojas cual las tuyas,
su poderosa y mágica armonía
de ambos recabará un canto otoñal,
dulce, aun en la tristeza. Que tu espíritu
sea el mío, ¡oh Espíritu Vital!
Mis pensamientos lleva al Universo
-¡también fecundan las marchitas hojas!-
y, por la dulce magia de este verso,
dispersa -cual la lumbre inextinguida
centellas y cenizas- mis palabras,
y sean a la tierra adormecida,
profético clarín, que, ¡oh Viento!, espera

tras el invierno la áurea Primavera.

ECOS

Si mueren dulces voces, todavía
Canta en el corazón su melodía;
Cuando agonizan, pálidas, perdura
De las violetas la fragancia pura;
Con pétalos sin fin, muerta la rosa,
Orna el amante el lecho de la hermosa:
Así en tus remembranzas, tú ya ausente
Quizá el amor se aduerma dulcemente.

OTOÑO

Con cuánta gloria viene y se va el año;
los vástagos de hermosa primavera,
precursores de cielos despejados
y de tiempo apacible de la tierra,
adornos por doquiera repartidos,
su nueva vida plácidos ostentan
cuando el velo argentado de las nubes
sobre el astro del otoño se despliega
y el año viejo con amor recibe
de frutos en sazón la rica herencia,
bellísimos y varios panoramas
por todas partes la Natura enseña.
Hay un hermoso espíritu que exhala
fragancia embriagadora en las florestas
que embellecen los bosques con los tintes
de variado color de su paleta
y baña en luz de nubes las columnas
que majestuosos pórticos sustentan.
La mañana cual ave de verano
de la montaña sobre la alta cresta
levanta el ala purpurina; el viento
galán apareciendo, en la pradera
besa las frescas hojas somojadas:

de vida el bosque majestuoso llena,
en donde fresnos, argentadas hayas
y erguidos sauces su follaje ostentan;
en tanto que el otoño en el camino
como un anciano trémulo se sienta,
el áureo petirrojo entre las ramas
de los frondosos bosques aletea;
el purpúreo pinzón, ave de invierno,
pica del avellano las almendras;
de la cabaña, sobre el techo ahora,
alza el pájaro azul su dulce endecha,
y del mayal los repetidos golpes
se escuchan a lo lejos en las eras.
¡Oh, cuántos goces este mundo ofrece
al que limpia y tranquila la conciencia
ante un cielo brillante y silencioso
cumplidos sus deberes se presenta!
Las amarillas hojas y los vientos
hermosas esperanzas le revelan;
la muerte le dirá los grandes himnos
que por el mundo sin cesar resuenan;
que él irá del descanso a la morada
sin verter una lágrima siquiera.

LOS VAGABUNDOS DEL INVIERNO

Estrella de alas lumínicas
que pasas con vuelo audaz:
¿en qué cueva de la noche
tus alas aquietarás?
Luna, peregrino pálido
de un camino sin hogar:
¿noche o día en sus abismos
un lecho acaso te dan?
Viento, huésped que no admite
la Tierra sobre su faz:
¿tal vez algún nido escondes
en un árbol o en el mar?
BUENAS NOCHES

"¿Buenos noches?"... ¡Ah!, no, que es triste la hora
 que viene a separar
 a aquellos que no deben, ¡mi tesoro!,
 separarse jamás;
 deja que estemos juntos todavía,
 ¡y entonces, sí serán
 grata la vida, dulces los amores,
 la noche celestial!
 ¿Cómo se ha de llamar "buena" la noche
 en triste soledad,
 por más que anhelas tú que pase rápida
 como nube fugaz?
 Deja que estemos juntos, ¡vida mía!,
 que nadie lo sabrá,
 ¡entonces sí, será para nosotros,
 la noche celestial!
 Para los corazones que se sienten
 amantes palpitar,
 desde que el sol se oculta hasta que surge
 el sol, radiante ya,
 son en el mundo gratos los amores;
 la noche celestial;
 porque ellos no se dicen, ¡mi tesoro!
 "buenas noches", jamás.

CANTO FUNEBRE

Brisa otoñal que sollozando exprimes
 Penas sobrado tristes para el canto;
 lóbrego viento en que explayais, sublimes
 Nubes nocturnas, el cinéreo manto
 Selva maldita que en el cierzo gimes,
 Tormentas rotas en estéril llanto,
 Grutas sin luz, mar lúgubre e infecundo:
 Llorad, llorad por el dolor del mundo.

Prólogo
 Himno de pan
 A la alegría
 A
 A una alondra
 Lo pasado
 Filosofía del amor
 La serenata india
 Amorosa
 Ozymandias de Egipto
 Vino de hadas
 Adonais
 Oda a Nápoles
 La muerte
 Prometeo desencadenado
 El tiempo
 El espíritu del mundo
 Epishychidion
 Dos ángeles
 Oda al viento del oeste
 Ecos
 Otoño
 Los vagabundos del invierno
 Buenas Noches
 Canto fúnebre